

CAPITULO LVI.

La riqueza y el futuro de México.

Mucha atención se ha dado y continúa aún dándose por aquellos interesados en ello á ciertos elementos de la riqueza de México; pero como generalmente al describirla se ha incurrido en muchas exageraciones, se ha perjudicado en vez de favorecer el interés que tan ansiosamente desean despertar los promotores. México no tiene necesidad de esto. Ningún país del continente americano se halla tan lleno de promesas como él. En los lejanos días de la llegada de las razas blancas á las playas de México, la patria de los Moctezumas era la tierra de promisión de la América. Era la mansión de la opulencia, del poderío y de maravillosa riqueza agrícola. Los príncipes de la casa de Moctezuma vivían bajo un esplendor verdaderamente oriental por su magnificencia. En esa tierra privilegiada, vastos imperios habían florecido, y desaparecido como todas las cosas terrenales. En ella habían levantádose y caído dinastías y la omni-conquistadora mano del azteca dominaba un imperio cuatro veces más grande que el de España, en la época en que los españoles por primera vez pusieron su planta en las costas del dominio de los Moctezumas. Entonces, como ahora, la mayor parte de este Imperio Indio estaba cubierto de ruinas, algunas tan antiguas, que toda memoria acerca de su origen se perdía en la obscuridad de los tiempos, constituyendo grandiosos monumentos que elocuentemente ponderan la riqueza, poder y esplendor del pasado.

Este mismo país, el más rico, poderoso y próspero de todos los de América en tiempos de la conquista, se encuentra aún, comparativamente, falto de desarrollo. Todavía atesora su gran caudal de recursos inexplorados y lo cubren ciudades y poblaciones que revelan el bienestar de ciertas clases elevadas de sus

habitantes; pero el espíritu del moderno progreso que ha penetrado de lleno en el alma del país, demanda capital, empresa, inteligencia y manos vigorosas que desarrollen los vastos recursos naturales que hasta el presente brindan un campo fructífero al trabajo.

Se impone naturalmente la pregunta de ¿por qué si en la época de la conquista era México un país tan floreciente en civilización y avance interior, hoy requiere aún capital é inmigración extranjera para impulsar su progreso? La respuesta es sencilla. Hace un siglo México se encontraba á la altura de los Estados Unidos, si no es que un tanto más avanzado, y ese adelanto no ha sufrido un retroceso, ha sido sólo retardado por los desórdenes incidentales á las guerras civiles que han conmovido al país por más de medio siglo. En este tiempo, otros países menos agitados por turbulencias intestinas han progresado. Las invenciones de las postrimerías del siglo XIX y las del presente han ayudado mucho á los Estados Unidos en su avance por la senda del progreso moderno. Un gobierno liberal y popular ha dado á los americanos una inmensa ambición que ha arrollado todo ante su paso. Las barreras puestas por la naturaleza al progreso y desarrollo nacionales fueron derribadas por un pueblo inflamado por el entusiasmo de la libertad individual y nacional, que es la creadora siempre de la iniciativa.

La gran población india y mestiza fué también un obstáculo en la senda de avance de México y aún todavía constituye un problema que reclama mayor atención que ningún otro relacionado con su desarrollo intelectual, comercial, social y político. La influencia de la casta dominante, que siempre ha mantenido sojuzgados al indio y á su raza, ha contribuido también largamente al retardo del desarrollo del país en la esfera industrial y sociológica. Por esto México, el más antiguo en civilización de los países de América, reclama ansiosamente la ayuda del capital para abrir sus vastos almacenes de recursos naturales.

En todas partes de la República se nota cierta ansiedad que tiene su origen en los cambios notables que se efectúan dentro del país mismo. Es la inquietud que anuncia el despertar de una nación. La educación extiende rápidamente su influencia y la inteligencia del pueblo mexicano se despierta, de uno á otro confín del territorio. Es esta inteligencia que despierta la que llama al capital de Europa y América para ensanchar los recursos naturales del país. Y ¿cuáles son estos recursos? México se encuentra en una situación análoga á la que presentaban los Estados Unidos hace medio siglo en lo que respecta á sus condiciones y elementos naturales. Estos solamente están en un estado de desarrollo parcial y México empieza á realizar que su misión es ser su propio abastecedor y manufacturero; que no es negocio de provecho remitir sus materias primas al extranjero para comprar después el artículo de ellas manufacturado. Por lo tanto, la producción de materias primas y su elaboración en productos comerciales, son dos puntos que exigen capital para realizarse prósperamente. De este modo las ventajas que México ofrece al capitalista deben dividirse en dos grandes clases: la producción de materias primas y su manufactura.

Para comprender claramente la situación de México respecto al capital extranjero, es necesario estudiar sus condiciones industriales bajo dos puntos de vista distintos.

De una manera práctica cada ramo de la industria requiere la inversión de capital. Esto no es sino natural tratándose de un país, que, como México, se ha visto sujeto á tantos reveses, los cuales con mano firme han retardado el progreso y desarrollo que constituye su más innato derecho. Ahora que el país se ha cimentado y que inteligentes funcionarios se encuentran al frente del gobierno, la confianza ha retornado, las industrias han comenzado de nuevo á florecer; el comercio, una vez más, se está ensanchando y las empresas surgen en pos de nuevos cam-

pos que prometan buenos rendimientos al capital y compensen los esfuerzos ejercidos. Estos son todos los signos del despertar de una nación. Cuando los Estados Unidos principiaron á recobrase del retraso causado por las guerras coloniales, un clamor incesante se escuchó en todas partes: capital y más capital. Las oportunidades de inversión eran muchas y por lo mismo el capital afluyó siempre en corriente creciente y los Estados Unidos avanzaron á gran prisa. El hombre con fe en el porvenir para invertir su capital en el desarrollo de los amplios recursos naturales de aquel país, se hizo enormemente rico. Muchas de las más grandes fortunas primitivas de los Estados Unidos debieron su origen á la ayuda impartida por sus poseedores á la edificación de un país por medio del desarrollo de sus recursos, de su comercio y á la construcción de sus líneas de transporte.

En este afán de supremacía México ha quedado atrás debido al triste legado de debilidad y atraso político y social, dejado por la dominación española. Durante más de medio siglo, casi tocó los límites del retroceso, lo que causó que perdiese la confianza en su habilidad para gobernarse á sí mismo.

Pero una nueva era ha comenzado para la privilegiada tierra de los aztecas. El genio de un hombre ha restaurado la confianza pública y ha impulsado á la nación en una nueva vía. Las compuertas de la prosperidad por largo tiempo cerradas, han sido abiertas; los engranajes de la industria han sido puestos en movimiento. La vida nacional ha sido totalmente reanimada y la esperanza se ha alzado triunfante del seno del desaliento. Todo el mundo, desde el más humilde artesano, hasta el más progresista propietario han sentido este impulso, directa ó indirectamente. Es el impulso de los grandes ferrocarriles que han puesto en contacto á los más remotos confines de la República y ligado entre sí cada porción territorial; es el impulso del telégrafo y de las compañías de vapores, de las empresas que pros-



DON JUAN M. DE PACHECO.—[PINTOR MEXICANO.]

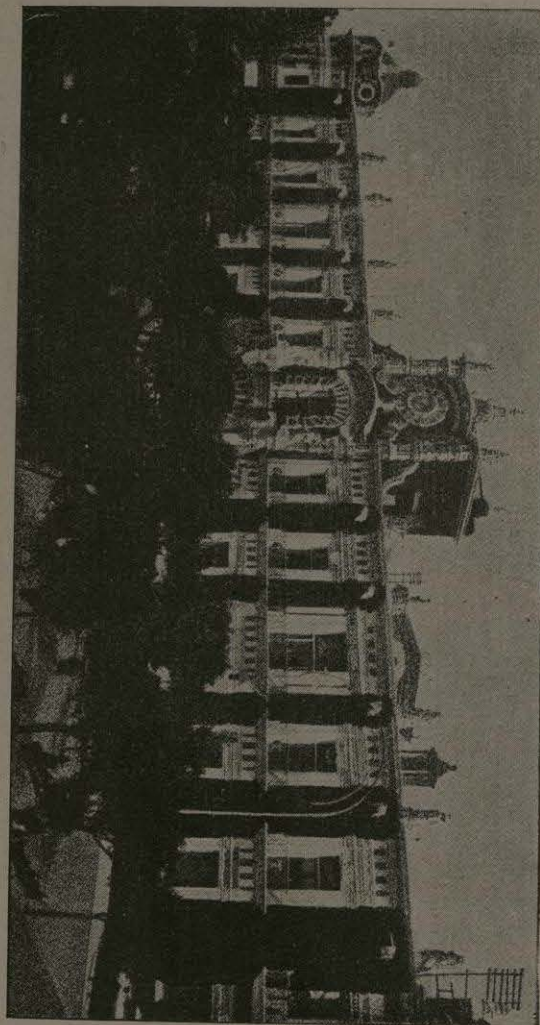
peran rápidamente, de la extensión de los negocios mineros; de las grandes corporaciones financieras é industriales que se organizan; de la nueva educación, de la actividad de las ciudades con su alumbrado eléctrico, su extensa superficie de pavimentación moderna y su nueva vida cívica y cosmopolita, donde el extranjero no es por más tiempo un extraño; es el impulso del modernismo que ha dejado atrás la estrechez de una vida de provincialismo llena de restricciones y que se ha revestido con el amplio ropaje del cosmopolitanismo.

Esta es una nueva vida de acción, de ambición, de maravilloso progreso; es una vida que exige incesantemente capital para las mil y una empresas que llaman con ansia á las puertas de la República.

Es natural que el hombre que ha sido la principal fuerza motriz en la creación de este estado de cosas, comprendiese las necesidades que en un principio requieren; y desde el comienzo de su administración ha mostrado por sus actos y palabras que sí las comprende. Nunca ha temido la influencia extranjera en su tierra natal; siempre ha reconocido que México debe ó bien marchar á la cabeza del moderno progreso, ó quedarse irremisiblemente atrás en su sendero. Esta elevada mira es la que le ha permitido sacar á su país del seno del provincialismo en el que se hallan sumergidas actualmente las Repúblicas centro-americanas. Muy temprano en su carrera política reconoció que lo que el país necesitaba era capital y empresa. El inquieto pasado del país estaba patente ante sus conciudadanos. El niño que se quema teme al fuego y aquellos que habían sido robados y despojados (¿y quiénes no lo habían sido durante una ó muchas de las insurrecciones?) eran extremadamente cautos para invertir su dinero en una empresa donde podía haber peligro de perderlo si Díaz no lograba conservar el puesto de Presidente y establecer la paz en toda la extensión territorial; pero los extranjeros resultaron estar dispuestos á correr todos los riesgos en un país que tanto prometía al hombre

emprendedor, y Díaz estuvo atento á hacer que las probabilidades de éxito fuesen tan grandes como estaba á su alcance lograrlo. Así, el extranjero vino de todas partes con su capital, su empresa ó su habilidad para reunir y asegurar capital y gustoso secundó los esfuerzos del hombre que había determinado que su mira fuese siempre, durante el tiempo que estuviese en el poder, el velar ante todo por la prosperidad y progreso de su patria, Díaz nunca se ha mostrado ambicioso de acaparar una gran riqueza y hoy en día es relativamente un hombre pobre, aún cuando ha tenido oportunidades para enriquecerse, como nunca las soñara el más avaro tirano de una República centro-americana. Tan sólo se ha mostrado ambicioso de dejar en pos de sí el nombre de benefactor de su patria. Todo aquel con buena voluntad para ayudarlo en su obra era bien recibido; sus amigos más provincialistas daban señales de desaprobación al ver cómo se abrían las puertas al capitalista extranjero; pero Díaz ya había escrutinado su proceder tan minuciosamente como todo lo que hacía; había resuelto que ello era lo más favorable y esto bastó para hacerlo proseguir hasta el fin.

Nadie que alguna vez haya emprendido algo en pró del desarrollo ó mejora de México puede quejarse de no haber recibido del General Díaz un trato franco y leal. El extranjero ha sido tratado en México lo mismo que los nativos; esto es lo que ha permitido á México sobrepasar con grandes ventajas, á muchas de otras Repúblicas Latino-americanas y es esta misma política la que atrae y retiene en México tanto capital extranjero. Y mientras más capital extranjero reciba México, más necesita, porque cuanto mayor desarrollo se efectúe más industrias son explotadas, más mejoras cívicas se llevan á cabo, más claramente reconoce el país en general la necesidad imperiosa de mayores y más persistentes esfuerzos en la misma dirección. Por ésto es que México es hoy en día un campo de inversión más favorable que lo ha sido nunca en su historia. El campo ha sido abier-



PALACIO DEL GOBIERNO, GUADALAJARA.

to; el gran influjo de la vida cívica moderna ha principiado á invadir en todos sentidos la tierra mexicana. Los ciudadanos más inteligentes perciben la imperiosa necesidad de que el desarrollo nacional se verifique siguiendo todas las líneas del progreso y es esta percepción, unida á un sentimiento de seguridad, lo que realza que las épocas tormentosas del pasado tuvieran ya su fin, la que hace á México actualmente uno de los más atrayentes campos para inversión.

La prosperidad espera al país. El gran ímpetu de avance ya iniciado no puede producir sino la animación de todas las actividades de la vida nacional. Esto trae siempre consigo la prosperidad, porque ella no es sino la indicación externa, hecha personal á cada individuo, de las actividades de la nación como un todo. Cada unidad activa contribuye con su parte á la prosperidad del país.

Lo que á México ha faltado en el pasado ha sido la conversión de la vida nacional en una actividad unida, determinada á sacar el mejor partido posible de las oportunidades que ofrece el país. Gradualmente, durante los últimos veinte años, esa tendencia se ha ido acentuando; y ahora que el mexicano se siente consciente del hecho de que por timidez y falta de confianza en su propio gobierno, ha dejado escapar de sus manos industrias y grandes trabajos públicos que le correspondían por innato derecho, se afana en pos de aquellas cosas que el presente y el futuro puedan ofrecerle. Estos son signos de que se despierta la ambición nacional. Ninguna nación ha hecho nunca grandes cosas ó acometido grandes empresas sin un adiestramiento previo á ese fin. México ha estado adquiriendo su aprendizaje. Todavía le falta mucho; pero se siente ambicioso de completarlo. Esta misma ansiedad es el síntoma seguro de su avance; es la esperanza en el mañana; es el signo de su salvación como nación.

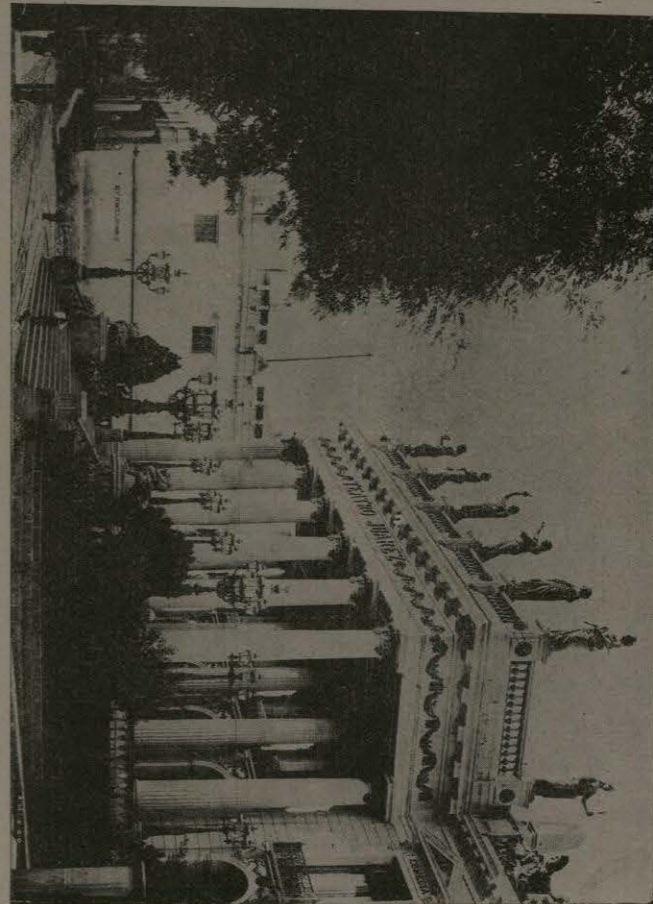
Este afán para levantar la vida nacional; esta ambición de los ciudadanos de clase superior para

tomar parte en el avance de un país, es la mejor garantía para el capitalista de que su dinero estará seguro en México; pues que en él existen millares de intereses que demandan paz para su desarrollo y prosperidad. Estos intereses acumulados claman por capital y aquel que tiene dinero por invertir puede hallar en México muchos campos productivos en que emplearlo. Sin embargo, esta nota de prevención debe escucharse: En México, como en cualquiera otro país, el que invierte debe conocer el negocio en el que coloca su capital, si desea asegurarse el éxito. El campo no está aún invadido y el hombre con dinero puede generalmente hallar una oportunidad para invertir su capital en un negocio que le sea familiar.

Por doquiera hay signos del despertar del país. Rara es la ciudad, de cualquier categoría, en la República, donde no se estén construyendo casas, donde no se hagan mejoras en los edificios municipales, donde no se repavimenten las calles, se reforme el sistema de drenaje y conductos de agua potable, y se mejore el alumbrado, extendiéndolo á todos los sitios de la localidad.

En muchas de las principales ciudades, nuevas industrias se han estado estableciendo, proporcionándose trabajo, con salarios ampliamente aumentados, á las clases media y obrera. Estas, á su vez, están creando nuevas necesidades, las cuales forman en sí la clase media; y esta clase media fortalece los instintos pacíficos de la nación.

"De la obscuridad á la luz," pudiera ser el título apropiado á la historia del régimen de Díaz. Esto es todavía otro aliciente para el capitalista para colocar su dinero en México; porque el despertar de la nación es su mejor garantía de que el campo al que entra continuará ensanchándose por muchos años; pues quedan caminos que construir, ferrocarriles que extender, minas antiguas que recobrar del olvido ó del abandono, minas nuevas que abrir y minas establecidas que requieren vasta mejoría. En todas partes la voz del progreso y desarrollo nacional



TEATRO JUÁREZ, GUANAJUATO, GTO.

pide sin cesar más capital. El minero, el agricultor, el rancharo, el fabricante, el explotador de la riqueza del país lo necesitan urgentemente. El Gobierno mismo se encuentra comprendido en el campo que requiere más capital, con el cual emprender y mejorar obras de utilidad pública, puertos, ferrocarriles, caminos, edificios nacionales y del Estado, edificios civiles en las ciudades y cabeceras; todos claman por más capital. Y el despertar á la vida de la nación, justifica todos estos desembolsos y aún muchos otros. Los años futuros exigirán todavía mayores gastos para los mismos y otros objetos, pues la vida de la nación continúa su ensanche. Esto, por lo tanto, es indicación segura para el capitalista de que en México puede tener la seguridad de que obtendrá la deseada cosecha en su inversión.

El crecimiento de los bancos en México en los últimos veinte años es otra buena indicación de que los intereses del país igualmente crecen, y sobre todo de que el sentimiento de seguridad y de confianza en presencia de la paz, se ha posesionado del pueblo entero.